

MENSAJE

DE

Acción Republicana Democrática Española

(Agrupación de París y Norte de Francia)

QUIENES SOMOS

Hace cerca de dos años surgió de las filas españolas republicanas un nuevo partido para España. A los que habían perdido la esperanza de que los republicanos se unieran, a los que creían que el exilio estaba poco menos que anquilosado y que en el interior nadie respondía ya a nuestros llamamientos, el surgimiento de Acción Republicana Democrática Española —que abarca en su seno a los antiguos partidos de Unión e Izquierda Republicana y a un número creciente cada día de hombres de las nuevas generaciones— confirma una vez más la capacidad de renovación de los demócratas españoles.

Nuestro partido cuenta con agrupaciones en la mayoría de los países de América Española, en Inglaterra, en Francia y, dentro de la clandestinidad, en la patria misma, donde, pese a la represión, acuden sin cesar a la lucha hombres procedentes de los más diversos horizontes. Entretanto, al exterior se vierten a raudales los nuevos emigrados que buscan no sólo el pan sino también la libertad. Contrariamente a la esperanza puesta por nuestros adversarios en el agotamiento natural y en la extinción definitiva del exilio, resulta que éste, en vez de disminuir, aumenta. Por cada republicano que muere se incorporan diez a nuestras filas. Esto revela que veinte años después de la guerra civil sigue planteándose en los mismos términos el problema nacional: mientras dure la dictadura no habrá paz ni convivencia; mientras no se restaure la democracia no se liquidará el problema del exilio.

Nuestra significación es clara. Al margen de los fines programáticos expuestos en el congreso de fundación de nuestro partido por sus personalidades más autorizadas, la posición que sostenemos puede resumirse en pocas palabras: consideramos que el régimen imperante hoy en España, fruto de la sublevación de las viejas oligarquías, ni es un régimen de justicia, ni refleja la voluntad nacional, ni constituye un porvenir para la Patria. Cuando un gobierno, al cabo de veinte años de poder absoluto, sigue recurriendo al empleo de la violencia para sofocar las aspiraciones más legítimas, tortura y encarcela a sus adversarios, impide el ejercicio de las libertades de que goza el mundo civilizado y califica de Orden lo que no es más que un desorden consolidado por la fuerza, el problema que plantea es a la vez político y moral y ante una cuestión de esta índole ningún ciudadano tiene derecho de abstenerse. El gobierno actual disfruta del reconocimiento de las Naciones Unidas, pero no observa los principios de su Carta, figura entre los miembros de la Unesco, pero prohíbe el libre intercambio de las ideas, asiste a las conferencias de la Organización Internacional del Trabajo, pero no admite el sindicalismo democrático, ha firmado un concordato con el Vaticano y se dice católico, pero utiliza la religión para sus propios fines y vulnera los principios del derecho natural. Obrando así, no sólo se burla de los intereses del país, lo desprestigia en el mundo entero. Este gobierno, debe, pues, desaparecer.

En el transcurso de los años vividos en España después de la guerra civil y más tarde en el exilio, hemos tenido muchas reiteradas ocasiones de confrontar nuestras ideas y las de nuestros adversarios. Poco tiempo hace, una destacada autoridad del régimen nos repetía su filosofía política: *«España es un país inepto para toda vida democrática porque es una nación pobre e ignorante. La formación de Acción Republicana no responde más que a fines utópicos; nadie en el interior la seguirá porque en su mayoría los españoles están con Franco. En España no hay más*

que un dilema: o Franco o el comunismo. Cuando se muera Franco no habrá monarquía, por jalto de arraigo de esta institución en el pueblo, ni república porque nadie la quiere. Asistiremos sencillamente a la sucesión natural del régimen.»

Así se han instalado nuestros adversarios en la cómoda y triste versión de la España ignorante, eterna menor de edad incapaz de gobernarse a sí misma, desprovista de raigambre democrática e inepta para la vida civilizada. Los más feroces cultivadores de la leyenda negra no la hubieran imaginado en peor postura. Resulta que la España de los concejos democráticos de la Edad Media, la España que dió al mundo los fundamentos del derecho internacional moderno y cuyos juristas del siglo XVI sentaron con base firme los principios de la democracia contemporánea, no tiene derecho siquiera a aspirar a gobernarse como la nueva República del Togo. Cada día nos habla la prensa del advenimiento de nuevas repúblicas en países que hasta hace poco no eran más que tribus colonizadas y que han pasado sin transición del sistema colonial a la democracia. Parece ser que no merecemos ni el estatuto de una modesta tribu. Somos peores, somos ingobernables. Quienes piensan así cometen más que una injuria, traicionan el genio de la patria.

Que España es pobre, que muchas de sus gentes padecen una ignorancia cuidadosamente preservada por las castas dirigentes gracias a una política de miseria y de hambre, nosotros no lo ignoramos. Pero creemos que no saldrá nunca de su pobreza sin una reforma total de sus estructuras, realizada dentro de un orden democrático, y que la falta de instrucción de una parte de nuestro pueblo no es óbice para el ejercicio de la democracia, pues en muchos de nuestros labriegos analfabetos hay tanta prudencia y sabiduría como en aquellos que, en su hablar castizo, llama el vulgo «leídos y escritos».

Nosotros tenemos fe en España. Creemos que su pueblo, forjado en la dura escuela del sufrimiento, es uno de los mejores pueblos del mundo, y a aliviar sus penas, a darle un nivel de vida más decoroso, dedicaremos siempre nuestro esfuerzo.

Acción Republicana Democrática es un partido para el presente y para el futuro de España. Nos hemos asignado como programa inmediato la lucha contra la dictadura y el restablecimiento de las libertades públicas. Mañana contribuiremos en el país a la consolidación de la paz y de la convivencia nacional. Nosotros anhelamos la superación definitiva de la guerra civil y tras este anhelo no se ocultan sentimientos de odio ni de revancha, pero sí la voluntad decidida de que se haga justicia a nuestros compatriotas.

Hoy en la lucha dentro y fuera, y un día todos en la Patria, estableceremos progresivamente los cimientos de la democracia futura. Que nadie se imagine que el tiempo acabará con nosotros. La historia de los años recientes ha demostrado repetidas veces que no hay dictadura que no se agote y muera, porque nadie ha logrado ni logrará extirpar la libertad del corazón de los hombres. Por ello, al ver que a diario acuden a las filas de Acción Republicana Democrática los jóvenes de las nuevas generaciones, nos sentimos autorizados a afirmar que nuestra meta entraña, más que una esperanza, una certidumbre: nosotros volveremos a España.

¿QUE REPRESENTA EL FRANQUISMO?

Dicho esto, veamos lo que representa el franquismo. Veámoslo con sus propios datos. Al cabo de veintidós años de poder absoluto que a cualquier gobierno le hubieran permitido cambiar completamente las estructuras de la nación, nos encontramos con que subsisten, pero agravados, los problemas seculares que han hecho de España lo que hoy es: un país trágicamente subdesarrollado, cuyo desnivel respecto de los demás países occidentales en vez de disminuir aumenta a medida que ellos progresan mientras nosotros permanecemos estancados.

En el orden de la enseñanza, ahí están los datos de las últimas encuestas estadísticas: el 15 por 100 de la población española en edad de saber leer y escribir es analfabeta. Con Portugal, otra dictadura, y Grecia, una monarquía anacrónica, la España de Franco puede jactarse de estar entre los tres países de Europa que menos presupuesto dedican a la enseñanza. Ello explica por qué, según el Anuario Estadístico de 1958, diez millones de españoles, entre los que figuran los analfabetos totales y los que a duras penas saben escribir su firma, *no han hecho ninguna clase de estudios*.

En el aspecto agrario, según el propio Consejo Social de los sindicatos franquistas, la situación es la siguiente: la mitad de la población española vive de la agricultura, pero de los veinte millones y medio de hectáreas labradas, 6.635.470 hectáreas pertenecen a 10.548 personas. El paro crónico

alcanza a más de un millón de trabajadores y se pierden cada año 250 millones de jornadas de trabajo en el campo.

En la industria, baste recordar que en 1959, año de la estabilización de la peseta y de sacrificios muy duros para las clases trabajadoras, de un valor añadido de 147.602 millones de pesetas (es decir, la riqueza creada por el trabajo de los obreros y empleados), los empresarios dedicaron 69.264 millones a salarios y se reservaron 78.336 millones en concepto de beneficios netos.

En lo que concierne a la vivienda, en 1958 nos encontrábamos con que 1.200.000 familias españolas (o sea, 4.800.000 personas aproximadamente) estaban condenadas a vivir en chabolas o en realquilados. Estas declaraciones hechas por el señor Arrese, ministro de la Vivienda en aquella época, y reproducidas en el A B C del 22 de noviembre de 1958, conservan todavía su plena actualidad.

Frente a estas tristes realidades —a las que cabría añadir la descripción de otras muchas, por ejemplo la ausencia de un subsidio de paro para todos los trabajadores desempleados, la miseria del subsidio familiar, la dilapidación del presupuesto nacional en gastos suntuarios, etc., ¿qué soluciones ofrecen los franquistas? ¿Qué han hecho en 22 años? Por una parte, pronunciar discursos demagógicos; por otra, enriquecerse en proporciones fabulosas. No son estas frases «calumnias de rojos exilados»; son ellos mismos quienes confiesan en su propia prensa la realidad de la situación. Así, el *Diario de Barcelona* del 25 de marzo de 1962 descubría a sus lectores que, en 1960, 130 personas de los Consejos de Administración de los seis más importantes bancos españoles controlaban 745 empresas con un capital de 106.328 millones de pesetas. O sea el 56,4 por 100 del capital de todas las sociedades anónimas españolas. Por otra parte, en el número 14 de la revista *Marzo*, órgano de los grupos universitarios de Falange, pueden leerse estas sorprendentes declaraciones que completan lo dicho por el *Diario de Barcelona*: «cinco grandes bancos tienen el 66,5 por 100 de todas las sucursales y agencias de España. O lo que es lo mismo: el 3,5 por 100 aproximadamente de todos los bancos existentes posee el 66,5 por 100 del total de las empresas bancarias. El porcentaje de operaciones que realizan estos Bancos pasa del 60 por 100».

Cuando en un país se llega a un grado tal de concentración del dinero, conjugado además con un grado paralelo de concentración del poder político, es lógico que todo ello termine en un desenfreno digno de las orgías romanas descritas por Suetonio. Basta pasear por Madrid o Barcelona y frecuentar algunos de sus salones para ver cómo y con qué mal gusto alardean de sus riquezas las minorías enriquecidas por el régimen. Nada hay que iguale a la arrogancia de un potentado franquista: España es él, punto y se acabó. En vano se intentará hacerles comprender que los seres humanos tienen todos, no sólo derecho a la vida sino también a una vida digna, y que tan profunda es la sed de dignidad en el hombre como la sed de libertad. Dígaseles esto y contestarán, como más de una vez nos lo han hecho: «Ustedes lo que quieren es la dictadura de la alpargata...» Y para evitarla han organizado el plan más monstruoso que podía brotar de hijos de madres españolas: la emigración de millón y medio de trabajadores con sus respectivas familias en un plazo de 15 años. ¿A dónde los van a enviar? ¿A países dotados de regímenes afines al franquista para que este millón y medio de almas no se corrompa al contacto de los ideales democráticos? No, a las democracias occidentales, a esas «democracias decadentes y atrasadas» que tanto atacan en su prensa. Si no fuera porque carecen del más elemental sentido de la lógica, habría que preguntarles: «¿Y si no existieran esas democracias decadentes, si toda Europa se compusiera de florecientes dictaduras como la franquista, cada una de ellas provista de su respectivo millón de parados, a qué parte del mundo mandarían ustedes sus emigrantes? ¿A las Indias, como en el siglo XVI?»

Así estamos al cabo de 23 años, en esta España donde no hay ni patria, ni pan, ni justicia para todos, donde la pobreza es una condena a cadena perpetua, donde, en resumidas cuentas, o se pertenece a la gente bien y se disfruta de un nivel de vida «a la americana», o no se es gente a secas y hay que soportar un nivel de vida africano. Ante esta realidad insoslayable ¿qué hacer? ¿Qué pueden los españoles?

¿QUE PRETENDEMOS NOSOTROS?

Ante todo, restaurar las libertades fundamentales, esas libertades sin las cuales la vida de una nación, reducida a dimensiones cuartelarias, no puede alcanzar plenitud en ningún orden. Después, cambiar la faz de

España. No más, pero tampoco menos. Si no nos propusiéramos esto, nuestra lucha carecería de sentido. Que nadie crea que mantenemos erigida la bandera republicana con el pensamiento puesto exclusivamente en el pasado. Nosotros no luchamos por restaurar la segunda República, sino para implantar la tercera en España, sin que ello entrañe el olvido de ninguno de los hechos gloriosos del pasado. Por ello, no somos solamente fieles a lo que quiso y no pudo ser la República de 1931; lo somos también a nuestro futuro, porque la fidelidad es ante todo una esperanza puesta en el porvenir.

Nosotros queremos, y lo proclamamos abiertamente, una República que no sólo garantice el reconocimiento de las libertades clásicas reivindicadas en el siglo XIX: libertad de asociación, de ideas, de culto, etc., sino también los derechos sociales y económicos innerentes al siglo XX: el del trabajador a un salario decente y a la seguridad en el trabajo sin discriminación de sexo; el del campesino a la tierra; el del anciano a un retiro decoroso; el del parado a un subsidio de paro eficaz; el del niño a recibir enseñanza gratuita y a desarrollar al máximo su inteligencia en igualdad de posibilidades con todos los demás; el del enfermo a ser atendido sin consideración de rango ni fortuna; el del cabeza de familia a un subsidio familiar adecuado, el de todos a disfrutar de vacaciones pagadas. Se dirá que algunos de estos derechos están ya previstos en la legislación franquista. Ciertamente es, pero su inclusión en las leyes no responde más que a una pura demagogia verbal.

Mientras subsista el franquismo el país permanecerá estancado. Sólo se salvará con una República social, progresista, abierta a las grandes corrientes de nuestra época. Una monarquía significaría la continuación del franquismo con todo cuanto acarrea desde el punto de vista económico y social. Los mismos perros, pero con collar monárquico. Más concretamente, la monarquía significaría el dominio político de una casta sobre un pueblo condenado al silencio perpetuo. Lógico es que nuestros adversarios se opongan a la instauración de una nueva República en España; saben perfectamente que llevaría consigo no sólo las reformas fundamentales — reforma agraria, legislación antimonopolista, nacionalización de las fuentes de energía, enseñanza gratuita, salarios dignos —, sino algo peor para ellos, algo que quieren evitar a toda costa: el ingreso del pueblo en la política, la participación efectiva de todos los españoles en un planeamiento democrático de la economía destinado a restaurar el país en todos sus aspectos. Dicho sea con pocas palabras: frente al franquismo, encubridor de fortunas adquiridas con el sudor de los trabajadores y gracias a la dilapidación de los fondos públicos, la República se yergue como exigencia de dignidad, de honradez y de justicia para toda la comunidad nacional.

No queremos acabar este llamamiento sin unas cuantas consignas concretas y precisas para nuestros compatriotas republicanos. A nuestros correligionarios de las agrupaciones clandestinas de España, les pedimos que refuercen sus lazos con todos los sectores de la oposición *sin exclusiva alguna*, con miras a la constitución en el interior del frente común antifranquista en pro del cual desplegamos en el exterior todos nuestros esfuerzos. Les pedimos también que contribuyan a la formación de nuevas agrupaciones en las ciudades donde no existan todavía. A los demás, a los republicanos en general, les pedimos que se unan en todos los pueblos, si no bajo el emblema de nuestro partido, bajo la amplia bandera de la República.

Para establecer el contacto con nosotros basta escribirnos, con pseudónimo o sin el, una simple tarjeta a esta dirección:

Angel Subirá — 5, rue Sauval — Paris (1^{er})

diciéndonos: «en tal localidad se ha constituido un grupo de republicanos». Nosotros haremos lo necesario para que les llegue nuestra voz y nuestra propaganda.

Ha llegado la hora, compatriotas, de organizar definitivamente la oposición. Las magnificas huelgas de estos días son una prueba de que el régimen no podrá subsistir mucho tiempo si todos unimos nuestros esfuerzos en una tarea común. Pero ninguno olvide que, a la hora de la lucha, es preciso desplegar el máximo espíritu de sacrificio. Nadie es digno de la libertad que no está dispuesto a defender con la vida.

¡VIVA ESPAÑA! ¡VIVA LA REPUBLICA!